

ESTUDIOS**VISIBILIZAR Y RECUPERAR
LA VOCACIÓN EDUCATIVA****«BOGA MAR ADENTRO»**

ANTONIO J. ESPAÑA SÁNCHEZ, SJ*

Fecha de recepción: junio de 2011

Fecha de aceptación y versión final: julio de 2011

RESUMEN

La vocación educativa se ha hecho invisible y poco relevante en multitud de centros educativos. Sin embargo, vocación y misión cristiana hacen emerger todo lo más hondo del ser humano, sobre todo, la búsqueda personal de Dios. Ser educador cristiano encarna una identidad, una apertura trascendente, una pasión, unos valores y una forma de responder ante la vida en medio de desgastes y tensiones. Este artículo es un intento de adentrarse en un terreno que anime y ayude a discernir la vocación y la misión cristiana en educación.

PALABRAS CLAVE: educador, misión, sociedad, discernimiento, evangelio.

HIGHLIGHTING AND REGAINING VOCATIONAL EDUCATION.**«INTO THE DEEP»**

* Trabaja en educación. Oviedo. <antonioespanasj@hotmail.com>.

ABSTRACT

Vocational education has become invisible and irrelevant in a number of educational centers. However, the Christian vocation and mission bring out people's deepest aspects, especially their personal search for God. Being a Christian educator embodies an identity, a transcendent openness, a passion, specific values and a way to act in life amidst its stresses and strains. This article endeavors to go deeper into a world that encourages and helps to identify the Christian educational vocation and mission.

KEY WORDS: educator, mission, society, discernment, gospel.

Una educación sin vocación acaba siendo una preparación fría y funcional. En las entrevistas para contratar nuevos profesores me encuentro siempre con la dificultad de calibrar cómo está la vocación y el espíritu de misión en los candidatos y candidatas. La preparación que han recibido se centra en conocimientos, estrategias y competencias. Junto con su preparación, la persona aspirante deja muchas veces sin expresar esos aspectos de vocación y misión, porque, al no ser tan tangibles, se comunican con dificultad y son elementos privados. Sin embargo, la centralidad de la vocación y de la misión adquiere más relevancia: el alumnado y las familias buscan modelos profundos y referencias sostenibles más allá de las unidades didácticas; los claustros anhelan cómo mirar «más allá» del día a día para superar presiones y estrés; la sociedad misma no se conforma con meros burócratas del conocimiento en una sociedad necesitada de humanidad y comprensión.

La vocación invita a vivir internamente para reconocer que no somos únicamente parte de leyes, de modas pedagógicas pasajeras, de indicadores de mercado ni de modelos del pasado. La vocación en misión hace emerger todo lo más hondo del ser humano: su belleza, su bondad, su pasión por la justicia y la búsqueda del bien puesto por Dios, incluso en situaciones complicadas. Así, la vocación unifica al ser humano haciéndole vivir desde su fondo más auténtico.

Desgastes y tensiones de la vocación educativa

Esta vocación y misión toma su modelo en Jesús. ¿No llamaban a Jesús el único Maestro (Mt 23,10)? ¿No era ese mismo Maestro el que «convocaba» a otras personas a orientar su vida y su acción? Ser educador encarna una identidad, una apertura trascendente, unos valores y una forma de responder ante la vida, es decir, una misión pública al estilo de Jesús. En el contexto actual, ¿qué sucede en la escuela para que esa vocación y esa misión queden limitadas? ¿Qué desgastes y tensiones aparecen en la vocación?

Entre vocación estable y profesiones cambiantes¹

La actualidad del mundo laboral nos conduce a itinerarios profesionales cada vez más variados. La carrera profesional se vinculaba a un empleo que permitía una estabilidad, por ejemplo, en el caso de los maestros tradicionales. Gracias a ello, el impacto social era fuerte. Se generaba una profesión educativa con autonomía, con sabiduría acumulada y con seguridad respecto del entorno social. Se fortalecían así valores comunitarios de trabajo, respeto y esfuerzo intelectual.

Hoy en día, la vocación personal educativa se ha transformado por el flujo de formas laborales mucho más versátiles y cambiantes. La continuidad, la profundización y el impacto social educativo se atenúan, porque prima la adaptación al mercado y sus demandas, que también se filtran al mundo educativo. Al educador se le pide facilitar el acceso a la sociedad de forma obligatoria con un conocimiento en evolución constante. En la carrera educativa tradicional se transmitía la pasión personal; en la profesión cambiante se transmite lo más instrumental y se aparca la implicación personal. Los educadores ahora tienen que asumir la dependencia de las cambiantes demandas sociales y la lentitud de las respuestas que se pueden articular.

1. F. FLORES - J. GRAY, *¿Los últimos días de la carrera profesional?*, en línea, <http://www.gobernabilidad.cl/documentos/biblioteca/documentos/> (Consulta el 14 de junio de 2011).

Entre la dependencia del «Estado» y del «Mercado»

En el momento actual, dos agentes externos inciden en la educación. Por un lado, el Estado nos ha guiado por múltiples reformas educativas en los últimos 30 años. De la LOGSE a la LOE, pasando por la LOCE. Desgraciadamente, la maquinaria estatal no parte de un consenso social, y no han arbitrado medios eficaces contra la desintegración de la escuela y el fracaso escolar. Sin embargo, la burocracia se ha extendido. Se han establecido mecanismos de inspección obligatorios según el tipo de escuela: pública, concertada o privada. ¿Qué fin pretende el «Estado»? El Estado busca el control sobre la sociedad. El educador se encuentra en medio de una maquinaria implacable que establece los calendarios, pero que ha perdido calidez, pasión y horizonte. La vocación y la misión del educador pasan a un segundo plano. El Estado busca que cumplan una función pública, pero no presta los apoyos personales necesarios, produciendo desencanto y desgaste de la vocación docente.

El otro agente externo es el Mercado, que plantea unas relaciones económicas donde sobrevive el más eficaz y se buscan los resultados más útiles y eficientes. Por eso, la nueva carga sobre los educadores consiste en mejorar la gestión, es decir, obtener resultados cuantitativos. La escuela orienta las energías sobre procesos, indicadores, líneas estratégicas y cuadros de resultados. ¿Qué pretende este «Mercado de la gestión eficiente»? Efectivamente, persigue mejorar las organizaciones escolares. Pero, sumado a los requerimientos legales, se acaban poniendo energías en los cómo y en los objetivos operativos, dejando disminuida e invisible toda vivencia personal explícita de la vocación y la misión educativas.

Entre el secularismo y el relativismo

Ambas constituyen las dos grandes corrientes culturales que siguen vivas en nuestra sociedad. El secularismo partió de la Modernidad y continuó con el relativismo propio de la Post-Modernidad. La Modernidad separó lo espiritual de la enseñanza, dejando claro que la instrucción no pasaba por Dios, y menos aún por la tradición cristiana. Así encontramos una creciente separación de todo lo que pueda ser trascendente, de forma explícita o implícita. Si la Modernidad, paradójicamente, recoge

gran parte del legado cristiano, a la vez acaba escondiendo lo religioso en los fondos históricos de sus instituciones educativas y universitarias, antes cristianas. Esa vocación personal no encuentra expresión ni espacio donde encontrarse y dinamizarse. Es cierto que esta dinámica modernizadora ha hecho a la escuela menos limitada por mandatos religiosos obligatorios; por el contrario, la ha llevado a olvidar, reprimir u ocultar la dimensión trascendente.

Junto a lo anterior, el relativismo adquiere posteriormente su difusión cultural en la Post-Modernidad. La diversidad de puntos de vista y opciones resulta un dato positivo en sí mismo. Ahora la multiplicidad del mundo se encuentra al alcance de la mano. Por contagio, la educación transmite esa gran diversidad. ¿Podemos realmente vivir desde el relativismo la vocación y la misión educadora? Sinceramente, sería algo muy difícil, porque, al final, tanto lo que uno puede llevar en su interior como lo que expresa como finalidades últimas queda «descafeinado» por el «todo vale». Desde una perspectiva cristiana, la educación requiere apuntar hacia las convicciones y los núcleos personales que configuran interiormente. En la fe cristiana hay una fuente profunda e incesante que puede llevarnos a conectar y aprender de lo esencialmente humano, incluso de las entrañas de los más alejados a nosotros.

Entre el diálogo cultural y la sana afirmación

La historia de la escuela cristiana puede contar con modelos históricos distintos donde vivir la vocación. De la escuela cristiana de los primeros siglos, donde la cultura greco-romana superaba con creces el saber cristiano, se ha podido llegar a una escuela cristiana ahormada y establecida, ya desde la Edad Media, sobre una sociedad cristiana compacta. Si la primera concitaba búsqueda, diálogo y acomodación dinámica del mismo cristianismo, la segunda tradujo y estableció una transmisión de saberes desde un contexto cristianizado, centralizado y estable. La educación en el primer contexto era bastante distinta de la que podríamos concebir en una visión totalizante y armónica del segundo modelo. En el primer modelo, la tendencia educativa podía derivar en la disolución y la división, pero sirvió de llamada para acoger el pasado y re-elaborar

la fe cristiana. En el segundo modelo, la escuela afirmaba sus propios valores y convicciones cristianas desde las escuelas monacales y las primeras universidades, formando un cuerpo sólido de saberes cristianos en sus fines y en su estructura.

Curiosamente, el orden histórico se ha invertido en la actualidad. De la escuela como afirmación cristiana en un contexto homólogo, se pasa, desde hace varios decenios, a una escuela cristiana en un contexto diversificado. Sería imposible concebir una escuela como la que se daba en la Cristiandad, pero tampoco podemos llegar a una disolución de la identidad cristiana. La vocación y la misión del educador necesitan incorporar la tensión, aun con desgaste, entre el diálogo cultural y una oferta amable de las convicciones cristianas.

En resumen, en el corazón de la sociedad española surge una preocupación seria acerca de adónde vamos en el campo educativo. Se concibe la educación como uno de tantos servicios que podemos encontrar en el mercado. La experiencia de «usar y tirar» se traslada a la educación como compra-venta de módulos de conocimiento, tal como observa Bauman². Así, la vocación educadora y su misión se vacían, se silencian y quedan desvinculadas del fondo personal del educador. ¿Cómo ayudar a crecer esa vocación?

Recuperando la llamada

La vocación educadora se puede impulsar y recuperar mirando hacia el centro de cada uno. La vocación constituye no un hecho terminado, sino una dinámica vital que hace descubrir la identidad profunda, el verdadero «yo» creado por Dios para su plenitud. Es un dinamismo interior que invita a ahondar cada día y a no dejarse superar por las circunstancias, a veces adversas, cambiantes y plagadas de inseguridades. La vocación, aunque casi invisible actualmente, constituye un fondo en el que el ser humano puede buscar sin fatigarse. Es una fuerza que apunta ha-

2. Z. BAUMAN, *Retos de la educación en la modernidad líquida*, Gedisa, Barcelona 2008.

cia lo más profundo y bello en la transmisión de conocimientos, valores y experiencias.

La vocación no es ajena al propio ser, sino que está en lo profundo mismo de la persona que se abre a su propia verdad y a Dios. Según Buechner, la vocación es «el lugar donde tu más profunda alegría se encuentra con la más profunda necesidad del mundo»³. Quizá por ello, la vocación une en una experiencia religiosa y humana singular, tanto la motivación y la hondura de la vida como la finalidad a la que impulsa con ilusión. Por eso, la pregunta sobre la vocación educadora consiste en buscar quién soy y hacia dónde voy desde el diálogo con Dios y con uno mismo.

En el Evangelio, la llamada está presente a lo largo de la vida de Jesús y sus discípulos. En ningún caso los discípulos representan los altos niveles morales de las escuelas judías del momento. Más bien, Jesús acoge al ser humano desde lo que es. Jesús se acerca para sacarle de sí y de sus seguridades: «Boga mar adentro». En ese texto, nos encontramos como educadores cansados de bregar y de no encontrar sentido vocacional a lo que hacemos. La realidad es que ya lo hemos intentado y no «hemos pescado» mucho. Pero el resultado es tan extraordinario que tienen que pedir ayuda a otros. Ahí surge la vocación. El misterio de la llamada sobresa en Pedro que, reconociéndose pobre, acoge la invitación del Señor: «No temas. Desde ahora serás pescador de hombres» (Lc 5,10).

Como educadores, estamos en un proceso constante de vocación y misión. El discípulo necesita aprender cómo ser un seguidor de Jesús, cómo imitarle y cómo ir junto a él. Jesús nos enseña un modo de educación que no consiste en transmitir conocimientos acerca de Dios, sino en entrar en un proceso que abarca toda la vida y que requiere un seguimiento discernido. La vocación del discípulo no queda suspendida en el vacío, sino que solo es vocación cuando adopta una misión, es decir, un lugar en la historia y desde Dios. La persona llamada por Jesús se pone en marcha para proclamar el presente y el futuro del Reino de Dios, buscando lo que mejor encarna esa llamada en la misión. ¿Cómo discernir

3. Citado en P.J. PALMER, *Let Your Life Speak*, Jossey-Bass, San Francisco 2000, 16.

esa llamada educativa en un contexto como este? ¿Cómo animar los núcleos de la vocación cristiana en educación?

Discernir la vocación educativa

Al elaborar todas estas experiencias y el desgaste que vive hoy la vocación y la misión educadora, necesitamos un modo de acercarnos que nos oriente, no desde grandes máximas, sino desde la búsqueda humana y sencilla de Dios. La vocación comprende un modo de relacionarse con Dios como comunión, gratuidad y amor incondicional especialmente a los más pequeños en situaciones complejas. Esto no se da solo. El discernimiento cristiano e ignaciano ayuda a no quedarse enredado ni atascado en el camino. Tomando las palabras de I. Boné:

«Ignacio de Loyola, para su época, coleccionó bastantes experiencias, las vivió, las imaginó, las pensó, las sintió y tardó tiempo en aprender a “ponderar las diferencias”, sobre todo afectivas (*Autobiografía*, 8). Ese aprendizaje, que arranca en Loyola pero le acompaña toda la vida, es el núcleo de su espiritualidad y lo más valioso para cualquier tiempo, también para el nuestro. Ignacio de Loyola necesitó un tiempo largo para que se le abrieran los ojos y pudiera maravillarse de la diversidad de espíritus que le movían a gustar –deleitarse, decía él– sus diferentes experiencias vividas, deseadas o temidas»⁴.

El discernimiento nos invita a aprender siempre, como «educadores-por-educar». Así, podemos mirar lo que pasa, dentro y fuera, desde la toma de distancia y desde la superación de las tensiones. Solo aprendemos a vivir desde dentro y desde Dios cuando caemos en la cuenta de las posibilidades, y también las diferencias, con que nos vamos encontrando en el día a día. Cada uno de los desgastes en la vocación y la misión nos abren a redescubrir la plenitud de la vocación educadora como misión que contagia esperanza y vida.

4. I. BONÉ, «Acompañamiento, elección y unión: apuntes culturales y psicológicos»: *Manresa* 83 (2011), 145.

*De profesión a con-vocación itinerante:
la vocación de Leví (Mt 9,9-13)*

Esta vocación de Leví desmonta la jornada habitual de un funcionario de gobierno del momento. Su tarea consistía en sentarse e ir calibrando lo que cada persona aportaba al régimen político. Era una profesión estable y mal considerada. Los educadores no podemos compararnos con los recaudadores de impuestos, pero sí podemos ver que, como educadores, desarrollamos una actividad burocrática y poco valorada socialmente. Si algo necesita nuestra profesión, es aprender a salir de sí misma y a vivir de forma más itinerante, es decir, abiertos a ser descolocados y movidos por los encuentros con familias, alumnos o compañeros. La llamada de Jesús invita a Leví a cambiar de vida de forma directa y radical. Significa pasar a ser sujeto en un proceso dinámico. La vocación actual de educador requiere poder cambiar, adaptarse y responder de forma nueva ante la realidad. Podríamos añorar el estatismo de la profesión tradicional, pero eso no nos conectaría con los problemas del alumnado y las familias actuales, que tantas veces nos sacan de nosotros mismos y nos piden un salto personal tan difícil.

Además, Jesús quiere que estemos con Él. No se trata solo de partir y vivir sin techo. Se trata de partir para buscar algo nuevo, con Él y con otros. La llamada cristiana inspira dinamismo y mirada nueva sobre la realidad, pero compartida y vivida en común. Frente a un escritorio aislado donde «recaudar» conocimientos, estamos llamados a habitar los caminos, los corazones y las casas que Jesús habita. Su forma de ser Maestro nos invita confiadamente a ello.

La vocación de Leví nos priva de seguridades. Este cambio de vida de Leví se asemeja a las transformaciones de la sociedad actual, con sus nuevas tecnologías, sus nuevos lenguajes, sus nuevos modos de aprendizaje y de conocimiento. Todo ello requiere generar hábitos de renovación que solo se pueden sostener desde la presencia de una vocación y, más profundamente, con Aquel que nos guía por el camino. Leví tuvo que aprender a vivir en el camino, y no lo hizo solo: estaba acompañado de otras personas llamadas como él. En el itinerario interior y exterior de los educadores, necesitamos cada día más compartir el viaje y sorprender-

nos, por tanto, de que se pueda aprender de otros educadores, incluso con tantas sorpresas diarias como tenemos.

De expertos a cultivadores: «al César lo que es del César» (Mt 22,21)

La pregunta a Jesús deriva en una cuestión política y económica: ¿tenemos que servir exclusivamente al «Estado» y al «Mercado»? Evidentemente, la educación tiene su contexto, pero podemos acabar siendo expertos en leyes o en modos de gestión. Tanto el control estatal como las presiones económico-sociales provocan la formación de nuestra propia jerga, nuestra forma de ver la realidad, nuestros intereses como docentes... y también nuestro cansancio. Si algo desgasta la vocación, es precisamente el vivir educativamente encasillados por estas dinámicas. La vocación queda malherida si solo queremos que los educadores cristianos pongan toda su energía en ello.

Las palabras de Jesús, «dad al César lo que es del César», no pretenden menospreciar ni las leyes ni la gestión. Significa que todavía nos queda lo más importante como educadores: nuestro interior y nuestra relación con Dios. ¿Qué podemos dar a Dios desde el fondo de nuestro ser? ¿Qué nos invita a expresar esta dimensión? El cuidado y el cultivo interior es el fundamento que puede guiar la educación, como jardineros que cuidan un jardín que tiene vida y fecundidad propia, aunque necesita mucha atención cordial. El interior impulsa, dinamiza y reconstituye. Lo profundo se puede cultivar y se puede animar a crecer en cada educador.

San Ignacio propuso un modo propio, llamado «Examen». Lo que Ignacio busca se centra en dinamizar el cultivo y el cuidado interior desde lo que me pasa en el día a día. La clave del «Examen ignaciano» establece un lenguaje interior propio, en el que agradecer, pedir luz, recordar amablemente, perdonar y proponerse nuevas metas son cosas que se van haciendo cada día más profundas e intensas. Si dedicamos cada día un tiempo a «dar a Dios lo que es de Dios», podemos descubrir que nuestra vida no consiste en actividad o en organización fría, sino en don y tarea. Cultivar y cuidar la vida propia con Dios fortalece la vocación del educador, que puede empezar a encontrar medios para trabajar educativamente sin gastarse inútilmente.

*De la auto-referencia a la referencia trascendente:
«¿a quién buscas?» (Jn, 20, 15)*

La imagen de María Magdalena representa a la persona que busca y sabe dónde buscar. La búsqueda es su guía, y ello posibilita una revelación mucho mayor. María Magdalena deja de auto-contemplarse para salir al sepulcro, allí donde vio a Jesús por última vez. Los que buscan como ella se dejan sorprender, porque no se encierran como los discípulos, todavía con miedo. En la educación cristiana, nos queda ese camino por recorrer: acudir adonde todavía puede operarse el Encuentro.

En el contexto en que vivimos, de secularización y relativismo, la educación se ha ido quedando sin referencias trascendentes. Dentro del respeto por la opción personal en una sociedad plural, la educación cristiana no puede renunciar a esa búsqueda de sentido en el ser humano y en Dios. Seguir esta búsqueda puede ayudar a poner la mirada fuera de uno mismo, fuera de las limitaciones de cada día, fuera de los desgastes por la presión social, fuera del estrés y el cansancio, fuera de los miedos propios del educador.

Por eso, crecer en la vocación educadora activa la expresión personal de lo trascendente. Se trata de ir por una vía en la que lo educativo es también espiritual, es decir, realidad cargada de la presencia de Dios y de su Espíritu, como señala Javier Melloni:

«Las cosas se convierten en espirituales cuando se introducen en ese impulso de transcendimiento que consiste en transformar la pulsión de depredación en ofrenda. Ese paso es lo que convierte algo en espiritual; dejar de vivir desde la mirada opaca de la autorreferencia para participar del movimiento donador de Dios en la triple difracción de creación-encarnación-plenificación. [...] Porque lo propio del Espíritu es esa libertad de no gravitar sobre sí mismo, sino estar en una permanente difusión de sí mismo generando vida por doquier⁵».

5. J. MELLONI, «La elección, el nombre ignaciano de la unión»: *Manresa* 83 (2011), 127.

*Hacia una escuela católica abierta:
«fue a Nazaret, donde se había criado» (Lc 4,16)*

En la vocación y la misión del educador, se necesita un equilibrio entre un diálogo cultural necesario y una afirmación de las convicciones cristianas. Quizá sea esta la tensión más complicada. Primero, exige afirmar la propia vocación y misión; en segundo lugar, busca reconocer en el mundo la semilla de Dios y sus nuevos horizontes de futuro. La escuela católica pasa en el presente por vicisitudes variadas: disminución del número de religiosos y religiosas, presión de los medios políticos, contexto culturalmente alejado de lo religioso, desgaste de la identidad cristiana, dificultades para reconocer la vocación cristiana de los educadores y división entre los propios cristianos sobre el planteamiento de la escuela católica, donde no puede haber un modelo único.

La escuela católica actual no es solo una plataforma de evangelización con oferta de catequesis. Es también una superficie de contacto con la sociedad, con todo lo que tiene y es. La educación cristiana constituye, como diría J.A. García, SJ, un «ministerio cultural» de la Iglesia en su tarea evangelizadora. La escuela que quiera ser cristiana tendrá que mantener su identidad renovada en medio de la sociedad y, junto con eso, hacerse cargo de la realidad y dialogar con la sociedad del momento, que no respira un ambiente de Cristiandad.

La visita de Jesús a Nazaret se la podría haber ahorrado, por el fracaso que supuso. En primer lugar, Jesús no concibió su ministerio como algo aislado, sino como itinerante y en contacto con tantas personas y con tanta diversidad como le permitía su contexto, incluidos los religiosos judíos oficiales que no querían nada nuevo. En segundo lugar, pasó por el anuncio y el diálogo allí donde no lo reconocieron como Maestro y Señor. El contacto con otros no llevó a la adhesión inmediata hacia su persona. La vocación y la misión a que invitaba no era a quedarse encerrado, sino a salir y asumir los nuevos lenguajes en medio de su cultura, sabiendo que la acogida sería ajena al judaísmo, al modo de la viuda de Sarepta o de Naamán el Sirio. Como cristianos con vocación educadora, la misión a la que nos llama la Iglesia establece una superficie de contacto cristiana que tiende puentes con el mundo, como también hicieron los

primeros cristianos en una sociedad pagana. Ese contacto no asegura ningún éxito, pero es una siembra oculta que encontrará respuestas allí donde no esperábamos nada.

Ese «ministerio cultural» se encarna en una vocación por comprometer el «alma» de nuestros alumnos y alumnas, sabiendo que para llegar al alma no basta con transmitir unos conocimientos técnicos, mentales o doctrinales⁶. Dejar que resuene la propia llamada como educadores puede llevar a que otros resuenen desde sus propias llamadas puestas por Dios. La vocación cristiana fomentada y cultivada requiere alinear nuestros esfuerzos: actualizar la misión cristiana en el mundo como anuncio del Reino ante desafíos sociales como el paro, la dignidad de la vida humana, la justicia, la violencia, la discriminación de cualquier tipo...; descubrir el proceso lento de la evangelización, que no se hace por una sola asignatura, sino por un medio educativo que acoge la fe y la hace inteligible desde diversos ángulos; acoger el posible rechazo social sin victimismos ni agresividades, sino desde la espera confiada; y crecer en actitudes de diálogo y aprecio de las ideas de otros, más allá de condenas o más allá de ingenuidades. Esta vocación cristiana del educador, en definitiva, está llamada a elaborar creativamente la fe cristiana para el mundo de hoy y del futuro.

Maestros y testigos

Jesús revela el modo de comprender y actuar para ser seguidores suyos en una relación doble: mística y política, espiritual y mundana, privada y pública. La unión de esos polos aparentemente alejados se conforma en la vocación. Necesitamos «bogar mar adentro», creando y cultivando nuevos espacios donde pueda visibilizarse la vocación cristiana de los educadores.

6. Cf. P.J. PALMER, *The Courage to Teach: Exploring the Inner Landscape of a Teacher's Life*, Jossey-Bass, San Francisco 1998, 19.

«El ser humano de nuestros días necesita maestros y testigos. Los primeros enseñan lecciones que no vienen en los libros. Los segundos son modelos de identidades reales que encarnan valores vividos en primera persona⁷».

Los educadores, en su sentido más pleno, buscan y anhelan transmitir no solo conocimientos, sino saberes encarnados en la vida. Cada educador, como Jesús, está convocado con otros a una misión educativa donde, además, es testigo de una experiencia mayor. En definitiva, vivir la vocación y la misión educadora resulta un desafío y una pasión. No podemos ser meros espectadores de la realidad educativa, sino que estamos llamados a intervenir en ella de forma clara y directa, discerniendo y aportando la calidez interior del encuentro con Dios.

7. E. ROJAS, «Las tres epidemias modernas»: *ABC*, 21 de Mayo 2011.